

www.elboomeran.com

ROGER STEFFENS

TANTO QUE CONTAR
HISTORIA ORAL DE BOB MARLEY

TRADUCCIÓN DE EZEQUIEL MARTÍNEZ LLORENTE

INTRODUCCIÓN DE LINTON KWESI JOHNSON

MALPASO

BARCELONA MÉXICO BUENOS AIRES NUEVA YORK

Para obtener este libro en formato digital escriba su nombre y apellido con bolígrafo o rotulador en la portada de la página 5. Tome luego una foto de esa página y envíela a <ebooks@malpasoycia.com>. A vuelta de correo recibirá el e-book gratis. Si tiene alguna duda escríbanos a la misma dirección.

SO MUCH THINGS TO SAY by Roger Steffens

© Traducción: Ezequiel Martínez Llorente

© Introducción: Linton Kwesi Johnson

© Malpaso Holding S.L.

C/ Diputació, 327, principal primera

08009 Barcelona

www.malpasoycia.com

Título original: *So Much Things To Say*

ISBN: 978-84-17893-98-9

Depósito legal: B 18837-2019

Primera edición: septiembre de 2019

Impresión: Impuls45, S.L.

Diseño de interiores: Sergi Gòdia

Maquetación: Disegraf, S.L.

Imagen de cubierta: © Malpaso y Cia

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro (incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet), y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo, salvo en las excepciones que determine la ley.

LIVICATION

*A la inefable CC Smith, cofundadora de la revista
The Beat, amiga devota y socia, sin cuyos esfuerzos
en mi nombre este libro nunca habría existido.*

*Y a mi querida mujer Mary, y a nuestros hijos Kate
y Devon, cuyo apoyo constante y comprensivo
overstanding son un regalo de Jah.*

En Jamaica no hay hechos, solo versiones.
Viejo dicho

INTRODUCCIÓN LA GENTE HABLA

En un artículo que escribí sobre las letras del *Exodus* de Bob Marley, votado por la revista *Time* «álbum del siglo XX», afirmaba que su genialidad lírica estaba fundada en una «habilidad para traducir lo personal en algo político, lo privado en algo público, y lo particular en algo universal». ¹ El genio, puede decirse, no es únicamente un atributo excepcional en una persona; tiene una dimensión histórica, en el sentido de que se vuelve manifiesto cuando se conjugan lo biográfico y lo histórico. La segunda mitad de la década de los setenta, el momento en que Bob Marley comenzó a cosechar los frutos de un largo aprendizaje como músico, fue turbulenta no solo en Jamaica, sino en todo el mundo. La Guerra Fría estaba en su momento álgido, y los bloques del Oeste y del Este libraban varias guerras delegadas en los países en desarrollo; todavía se luchaba contra las colonias en África, y también había combates antimperialistas en Sudamérica. Jamaica estaba al borde de la guerra civil, y la oposición, instigada y secundada por la CIA, perseguía arrebatarse el poder a Michael Manley, que encabezaba un gobierno socialista y democrático. Bob Marley casi perdió la vida durante este conflicto, y en su música, un reflejo del espíritu de la época, resuenan las luchas del período. En la apoteosis de su carrera, Marley se convertiría en una especie de Che Guevara de la cultura popular.

Ostento la dudosa distinción de haber escrito acerbamente sobre el ascenso a la fama de Marley, en un momento crucial de su carrera. Como fan del triunvirato conformado por Bob Marley, Peter Tosh y Bunny Wailer, me quedé profundamente decepcionado cuando decidieron separar sus caminos. Además, a raíz de la publicación del debut en solitario de Marley, *Natty Dread*, la prensa musical rock comenzó a jalearlo como el nuevo «rey del rock». En mi opinión, todo eso entrañaba una farsa, y no era el único que albergaba tales sentimientos. Bob Marley, después de todo, era el artista más destacado de reggae jamaicano, alguien que pertenecía al mundo de la música negra, y, sin embargo, el mundo del rock blanco empezaba a apropiárselo. En ese artículo, titulado «Roots and Rock: The Marley Enigma», publicado en *Race Today* en 1975, criticaba el modo en

1. Richard Williams (ed.), *The Poetry of Exile*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 2007.



Linton Kwesi Johnson en Herne Hill, Londres. 27 de mayo de 2003.

que se estaba vendiendo la música de Marley, y cargaba las culpas sobre Chris Blackwell, el fundador de Island Records.² En ese momento, yo tenía veintitrés años y no había terminado la carrera de Sociología, y justo venía de publicar mi segundo libro de poemas, *Dread Beat an Blood*. Tres años más tarde, el propio Blackwell me fichaba para Island Records, y un año después, era Marley el que se hacía con mis servicios para Tuff Gong. Con la perspectiva ganada, puedo decir que mi análisis sobre el aspecto comercial en ese artículo era más o menos correcto, aunque mis sentimientos apuntaban en la dirección errónea.

Cuando quedó claro que Bob Marley no iba a ganar la lucha que estaba librando contra el cáncer, el Gobierno recién elegido en Jamaica, liderado

2. Incluido también en Theo Cateforis (ed.), *The Rock History Reader 2007*, Nueva York y Abingdon, Routledge, 2012.

por Edward Seaga, le concedió la Orden del Mérito, el galardón civil más alto. Con él se reconocía no solo la enorme popularidad de Marley en Jamaica: también el prestigio que había logrado para el país con sus triunfos en el extranjero. Ningún jamaicano había hecho más para promocionar el nombre de Jamaica. Como el mayor embajador de la música reggae, Marley contribuyó de una manera incalculable a la difusión en todo el mundo de ese género de la música, hasta dejar una huella indeleble en la cultura popular mundial. Tras su muerte, el estatus de Marley ha crecido de la condición de superestrella a la de leyenda icónica, toda una hazaña para alguien con unos orígenes tan humildes. El hecho de que a veces se comerciara con Marley con tanta astucia como obscenidad no puede empañar el hecho de que no hay ningún otro músico de finales del siglo XX, en ningún género, que haya tenido el mismo impacto e influencia globales de Marley, algo que ha proseguido en el nuevo milenio.

El rebelde del soul rastafari, armado con su personal voz, una guitarra, una gran banda de apoyo y unos coros fantásticos, era un hombre con una misión: desafiar a los «ismos y los cismas» de los principados y las potestades, mientras luchaba contra «los espíritus del mal que habitan tanto en lo alto como en lo bajo». Su legado de canciones pegadizas y bailables, que hablan de desafío, resistencia, rebelión, amor y esperanza, continúa reverberando alrededor del mundo; y su genialidad tanto para las melodías como para las letras garantiza la contemporaneidad de su música. ¿Qué clase de hombre y músico fue Nesta Robert Marley? Se han escrito muchos libros sobre él, incluso uno de lectura escolar. También ha aparecido en la ficción. Lo que hace único a un libro como *Tanto que contar: la historia oral de Bob Marley* es que el autor no presenta un retrato del artista a través de su lente, sino que nos aporta un collage de impresiones a partir de lo que vieron otros ojos. Durante muchos años, Steffens ha recorrido el mundo contando la historia de Marley con sus conferencias ilustradas «Life of Bob Marley». Aquí permite que aquellos que conocieron a Marley den sus propias versiones. Roger Steffens, escritor, presentador y fotógrafo, un respetado erudito del reggae y archivista reputado, especializado en las grabaciones y artículos asociados a Bob Marley, ha reunido setenta y cuatro entrevistas con personas próximas a Marley, que aquí nos hablan con franqueza sobre lo que contemplaron y vivieron con el cantante. Los entrevistados abarcan un amplio espectro: personas que conocieron íntimamente a Marley, otras que solo se cruzaron efímeramente con él; y nos topamos con parientes, amigos, músicos, gente de los sellos, periodistas, fotógrafos y directores de cine. La naturaleza de un libro así, con relatos que a veces ofrecen visiones contrapuestas, garantiza una lectura absor-

bente. Algunos de los testimonios confirman lo ya sabido, otros aportan versiones diferentes, y otros discuten mitos vinculados a Marley; algunos testimonios revelan más sobre el interlocutor que sobre nadie más.

Hay algunas revelaciones sorprendentes y afirmaciones polémicas. Clement «Coxson» Dodd nos habla sobre un joven Marley trabajando en Studio One; el presuntamente conectado con la mafia Danny Sims nos cuenta de sus tratos con Marley y Johnny Nash; Bunny Wailer nos describe la técnica compositiva de su amigo; Beverley Kelso, una Wailer original, aporta detalles sobre la relación entre Rita Marley y Bob; Joe Higgs explica cómo fue instruir a los Wailers originales, y cómo era la personalidad de Marley entonces; Dermot Hussey, locutor y musicólogo jamaicano, condujo una entrevista sobre la separación del trío original que Marley quiso eliminar. Hay entrevistas con todos los Wailers originales. Otras voces destacadas son las de Cedella Booker, madre de Marley; Cindy Breakspeare, antigua reina de la belleza y madre de Damian «Junior Gong» Marley; Allan «Skill» Cole, uno de los mejores amigos de Bob; Cat Coore, del grupo Third World; Pearl Livingston, hermana de Bob y Bunny; y el gurú rastafari Mortimo Planno.

Steffens realiza a veces intervenciones para organizar el relato, y presenta a un interlocutor o dibuja el contexto para lo que está a punto de decirse. Rara vez opina, y deja que sus testigos den sus versiones de los hechos con sus propias palabras, estructurando todo el texto de forma cronológica, desde el nacimiento de Marley hasta su muerte. La impresión general que nos queda del artista es la de alguien con una personalidad ciertamente compleja: a veces taciturno y otras jovial, mundano y espiritual, un león dormido capaz de estallidos de ira, un pacificador, un mujeriego y un hombre de una generosidad prodigiosa. Lo más llamativo que dejan estos testimonios es la extrema seriedad con la que Marley enfocaba su arte: alguien tan profesional como concienzudo en todo lo que concerniera a la música. La historia de Marley parte de unos orígenes humildes, de privación, lucha y supervivencia, y avanza de forma emocionante por las pruebas y las tribulaciones de la existencia, hasta llegar al triunfo y a la tragedia.

LINTON KWESI JOHNSON

PRÓLOGO

Se estima que existen más de quinientos libros, escritos en muchas lenguas diferentes, sobre el Rey del Reggae. Así que, ¿por qué este libro? ¿Y por qué ahora? ¿Qué es lo que queda por decir?

Para dar una respuesta adecuada, permitidme explicar cómo este amante de la música se metió tan a fondo en algo tan sin precedentes como la vida de Bob Marley y su impacto en el mundo. Me hice fan de los Wailers desde que descubrí su obra en 1973, gracias a un revelador artículo en *Rolling Stone* con la pluma de Michael Thomas, que afirmaba que la música reggae se arrastra por tu flujo sanguíneo como una ameba vampiro desde los rápidos psíquicos de la consciencia del Alto Níger. Esa frase tan inolvidable me hizo salir a escape de mi piso en Berkeley para pillar-me *Catch A Fire*, el primer álbum con edición internacional de los Wailers en Island Records. A la noche siguiente, vi la película *Caiga quien caiga*, el esplendoroso film del director jamaicano Perry Henzell, que consiguió hacer visible el reggae y lo rastafari internacionalmente. Mi vida ya no volvió ser igual después.

Como fan, he buscado a otros infectados por eso que Peter Tosh denominó «reggae-militis» Entre los primeros maestros-mentores que descubrí figuraba un hombre de Kingston, de nombre Ruel Mills, que tenía una pequeña tienda de discos en la Fillmore Street de San Francisco, llamada Trench Town Records. Él fue quien me dio a conocer a gente como Count Ossie and the Mystic Revelation of Rastafari, Ras Michael and the Sons of Negus, Alton Ellis, los Techniques, Slim Smith y un ramillete de cantantes y músicos oscuros cuyas etéreas obras turbaron mi corazón y elevaron mi conciencia.

En 1976, tras mudarme a Los Ángeles, mi mujer Mary y yo viajamos a Jamaica esperando hallar esos discos de los que había leído cosas, principalmente en revistas británicas como *Black Music* y en alguna puntual publicación jamaicana como la revista *Swing*. Llegamos al país en la misma semana en que el primer ministro Michael Manley declaró el estado de emergencia, encarcelando a la oposición sin cargos y colocando los tanques en todas las intersecciones de la isla. Me sentí de vuelta en Saigón durante la ofensiva del Tet. Pasamos la mayor parte del tiempo en una zona bucólica en torno a Lucea, en la costa noroeste de la isla, y luego nos

acercábamos a Kingston para rebuscar en la tienda de discos de los Wailers o en los emporios de Randy's y Joe Gibb, en la plaza mayor de Parade. Nuestro primer alto fue en una calleja trasera desierta, donde Marley había tenido una diminuta casucha. Y no llevaríamos más de dos minutos en el área, cuando una de las mayores estrellas del reggae me intentó birlar la cartera. Media hora después, estábamos en casa de Jimmy Cliff, con algunos de los músicos más prominentes de la época, viviendo un momento que revelaba lo mejor y lo peor de Yard, como los autóctonos se refieren a su isla de origen.

Dos años después, conocí a Hank Holmes, un ávido coleccionista de gustos omnívoros que había acumulado más de ocho mil discos de ska, rocksteady y reggae sin salir de Los Ángeles. Nos hicimos amigos al instante. Yo pensaba que, con su vasta colección y sapiencia, los dos juntos podíamos montar un programa de radio muy atractivo, ya que no había nada dedicado al reggae en las ondas de Los Ángeles en el momento. Durante un año, luchamos infructuosamente para encontrar una emisora dispuesta a dejarnos revelar ese tesoro musical que estaba alumbrándose al sur de los Estados Unidos. Finalmente, hallamos hueco en una pequeña estación de la NPR en Santa Mónica, una ciudad playera del condado de Los Ángeles, llamada KCRW. Solo contaba con 110 vatios en el momento, pero había ya importantes planes en marcha para crecer a partir de ahí. La emisora estaba en una pequeña clase de instituto reconvertida, en frente del titular de la licencia, el Santa Monica College. La KCRW andaba en un perpetuo estado de desesperación a la búsqueda de fondos. Durante el primer especial para recaudar dinero tras nuestra entrada, nos dieron una hora extra para hacer la colecta: tres horas en una tarde de domingo. Ese día quedó para la historia, ya que en esas horas recaudamos más dinero que lo que había conseguido la emisora en los diez días anteriores. De inmediato, nuestro tiempo en antena se dobló hasta las cuatro horas por semana, y el programa *Reggae Beat* se convirtió, de acuerdo con el *L. A. Weekly*, en «el programa más popular de la radio no comercial en la ciudad». Hank decidió privarse de tejer las fascinantes historias que compartía con nosotros en privado para «dejar que la música hable por sí misma». Así que recayó en mí el peso de hacer las entrevistas y estudiar sobre aquello que podría hacer nuestros programas más consistentes. Hank tenía una colección de discos tan interminablemente profunda que casi nunca se dio el caso de que un artista traspasara nuestras puertas y no tuviéramos alguna rareza que ni el mismo protagonista había llegado a ver: esto pasó sobre todo con Peter Tosh, una de las personas que más nos apoyó al principio.

El programa fue el detonante de una serie de citas que me permitieron interactuar con prácticamente todos los jugadores principales en la trayectoria de los Wailers. Nuestro primer invitado músico fue Bob Marley. Solo llevábamos en antena seis semanas, cuando Island Records llamó y preguntó si nos «importaría estar en la carretera durante un par de semanas» en la gira de *Survival*. Sin duda, uno de los acontecimientos principales de mi vida, y allí compartí con Marley y su banda experiencias de todo color, tanto en público como en privado. Le hablamos a Bob sobre nuestro programa, y él nos recalcó que nunca se nos olvidara que la música reggae era para la *head-education*, para nada un mero jolgorio. Insólitamente, la persona más feliz de hacernos compañía en la carretera era el chófer del autobús: tal como nos contó, le tocaba barrer el vehículo todas las noches, y a veces se volvía a casa con un buen alijo de los restos de hierba.

Durante ese período, Bob me pidió montar proyecciones de las dos películas más importantes sobre su vida realizadas en ese momento: el documental de Jeff Walker sobre el concierto Smile Jamaica y el intento de asesinato de Bob que lo preludeó, y la película sobre el One Love Peace Concert, *Heartland Reggae*. No había llegado a ver ninguna de las dos. Durante las dos proyecciones resultó de lo más instructivo ver a Bob contemplándose a sí mismo, y algunas de sus reacciones, tal como se describe en este libro, sin duda suscitarán algún comentario. El último concierto de Bob en Los Ángeles fue en el Roxy, y tenía una intención benéfica. Hank y yo fuimos de los pocos privilegiados que pudimos presenciar la prueba de sonido de esa tarde. Bob se pasó cerca de una hora cantando una y otra vez algo totalmente desconocido para nosotros que giraba en torno a la redención. Esa sería la última ocasión en la que lo veríamos, ya que fallecería al cabo de un año y medio por culpa de un melanoma.

Peter Tosh fue nuestro invitado unos meses después, refunfuñando que al menos con la muerte de Bob habría una posibilidad de que se les hiciera caso a otros artistas, una declaración de lo más beligerante, que le costó el apoyo de muchos fans. No obstante, Tosh era una persona afectuosa y graciosa, y en los siete años siguientes nuestra relación se estrechó y pude entrevistarle varias veces más tanto para *Reggae Beat* como para el programa de la televisión por cable que había iniciado el productor-director Chili Charles, *L. A. Reggae*. A lo largo del año, Peter me llamaba desde los lugares más insospechados para preguntar si tenía copias de tal o cual disco. No tenía ninguno de los que integraban su carrera, me reveló con tristeza: todos habían sido robados o mendigados. Justo antes de su asesinato, en septiembre de 1977, me llamó preguntando por una copia de

«Here Comes the Judge» para rehacerla con destino al que iba a ser la secuela de su álbum recién publicado *No Nuclear War*.

Bunny Wailer entró en mi vida más tarde. Recluido en casa desde su salida del grupo en 1973, lo conocí por primera vez en el Sunsplash Festival, de Montego Bay en 1985, y le di once cintas de noventa minutos con viejos singles de los Wailers. Al año siguiente, me llamó para pedirme que fuera su agente en el que sería su primer concierto en el extranjero, tras once años de exilio isleño, alejado de los escenarios foráneos. El concierto tuvo lugar en Los Ángeles, y, al día siguiente, Bunny acudió a nuestro programa *Reggae Beat* para participar en un especial de cuatro horas. En 1990, Bunny volvió a llamar, esta vez con la propuesta de que coescribiera con él su autobiografía. Acepté raudo, y simplemente le solicité que pudiera acompañarme mi querido amigo Leroy Jodie Pierson, un brillante guitarrista de blues, historiador y fundador del sello Nighthawk, que ya había publicado música de Bunny. Este se mostró de acuerdo, y Leroy y yo nos pasamos tres semanas encerrados en una habitación de hotel de Kingston, en octubre de 1990, recopilando sesenta y cuatro horas de entrevistas con la historia completa de su relación con Bob y Peter. Por desgracia, Bunny nunca ha dado su permiso para publicar el libro; diez años de trabajo y 1.800 páginas de transcripciones con la historia que todo fan de los Wailers ansía leer siguen en el limbo. (No obstante, Leroy y yo combinamos más de treinta años de investigación para completar nuestra obra de 2005, *Bob Marley and the Wailers: The Definitive Discography*, hasta la fecha la única discografía veraz jamás compilada de un artista jamaicano.) En 1984, la NARAS (National Academy of Recording Arts and Sciences) me pidió organizar y presidir un comité para los Grammy en el apartado de reggae, labor que desempeñé en los siguientes veintisiete años. Ese mismo año recibí una invitación para presentar una serie de películas y vídeos inéditos de Marley como parte del National Video Festival, en el American Film Institute. Esto promovió críticas positivas en la prensa local, lo que a su vez ocasionó nuevas invitaciones de universidades —y luego clubes— para repetir la presentación. Desde entonces, mi programa multimedia «The Life of Bob Marley» ha sido presentado más de quinientas veces por todo el mundo, desde el desierto australiano al fondo del Gran Cañón, llevando las palabras y las obras del profeta del reggae a los confines más remotos del globo. Estas ocasiones han deparado cientos de encuentros con aquellos que interactuaron con Bob personalmente, y cada una de sus historias quedó grabada o filmada por mí para la posteridad. Muchas aparecieron en la revista *The Beat*, cofundada por mí y por CC Smith en 1981, y que siguió publicándose durante veintiocho años. Cada

mayo editaba una *Bob Marley Collector Edition*, con escritos de algunos de los comentaristas más perspicaces del reggae, todos ellos colaboraban desinteresadamente, por amor a la música.

The Wailers Band y yo mantenemos una relación de buena amistad que dura ya casi cuatro décadas. En 2013, los Wailers, liderados por Family Man Barrett, me invitaron a acompañarlos en la carretera durante dos meses para abrir sus conciertos, en los que repasaban el álbum *Survival* completo. Me pasé durmiendo en el suelo de su autobús de gira los meses de enero y febrero mientras trabajábamos en algunas de las ciudades más frías de Norteamérica, donde yo mostraba las fotografías que había tomado en la gira original, comentando la importancia crucial que tuvo ese álbum y explicando sus letras. La experiencia me dejó entre otras cosas un hondo y duradero respeto por esos intrépidos guerreros que se aventuran por la vida en la carretera, con un importante coste personal, para llevar las creaciones atemporales de Bob a una ávida generación más joven.

En 2002, me dirigí a Jim Mairs de Norton para proponerle realizar una historia oral sobre Bob Marley. Mi plan original era hacer la transcripción integral de alrededor de ochenta entrevistas cruciales para que los lectores pudieran conocer la historia completa de cada uno de los participantes, en sus propias palabras y dentro del contexto de una entrevista, con sus preguntas y sus respuestas. Quería presentar ese material documental para que los interesados pudieran acceder a esas fuentes originales.

En 2005, tenía prácticamente el libro terminado, cuando sobrevino la calamidad. Como alguien nacido en 1942, pertenezco, sin duda, a la generación ignorante en cuestiones tecnológicas, y, cuando mi ordenador sufrió una debacle irreparable, lo perdí todo: el manuscrito, las transcripciones de las entrevistas y todas mis notas. Entré en un período de parálisis que duró dos años, en el que no podía ni contemplar empezar de cero de nuevo. Cuando Jim llamó preguntando por el libro en 2007, tuve que confesarle lo que me había ocurrido. Le estaré siempre agradecido por la paciencia y la comprensión que mostró, y entonces me instó a comenzar de nuevo la labor. Años después le envié unas tres cuartas partes del libro, y él me respondió diciendo que la gente de Norton había pensado que la obra quedaría mucho más legible si fraccionaba esas voces según los temas tratados, siguiendo el modelo de una biografía tan fabulosa como *Bill Graham Presents*, de Robert Greenfield. Sintiendo un peso en el corazón, ya que anticipaba la ardua tarea que me esperaba, acepté esa replanificación. Ahora veo que la decisión de Jim fue la acertada en múltiples sentidos, y le estoy tremendamente agradecido por haber apoyado el proyecto con su infinita paciencia y convicción. En 2015, Jim le pasó el proyecto a

Tom Mayer, otro meticuloso editor principal de Norton, con un pasado como locutor de reggae en California y Columbia.

Así que, para responder a las preguntas que formulaba al comienzo, he armado este libro sabiendo que hay otros libros fantásticos que abordan varios momentos de la vida de Bob, y no siento la necesidad de replicar lo tratado en obras previas. Cedella Booker se ocupa de la infancia de Bob en *A Mother's Story*. Su escritor en la sombra, Tony Winkler, que me contó en una ocasión que nunca escucha reggae y que solo disfruta de la música clásica, llevó las riendas de un tomo desprovisto curiosamente de toda mención a la música, aunque valioso por la información que aporta sobre la juventud de Bob. Para los años en Delaware, *Before the Legend*, de Christopher John Farley, llena muchos huecos sobre esa etapa anterior a Island. Uno de mis libros favoritos es el brillantísimo *Wailing Blues: The Story of Bob Marley's Wailers*, de John Masouri, que es básicamente la autobiografía de Family Man Barrett y de su hermano, el batería Carlton, el núcleo del sonido de los Wailers desde 1970. Toda canción realizada por Bob a partir de ese momento es deconstruida en este libro sin par. Mi amigo Stephen Davis fue un adelantado con *Bob Marley*, que ofrece una buena panorámica de la vida de Bob, y que sigue reimprimiéndose con todo merecimiento más de treinta años después. La fotógrafa Kate Simon cubre los años de mediados de los setenta en su enorme *Rebel Music*, repleto de fotografías tan íntimas como extraordinarias, a las que acompañan las reminiscencias de muchas de las personas que giraron con Bob. De igual manera, *Songs of Freedom*, el instructivo y lujoso libro de Chris Salewicz por el cincuenta cumpleaños de Bob, aporta muchos detalles sobre la infancia de Bob y las giras europeas.

Con todos esos ejemplares en los estantes, ¿qué queda por añadir? Con *Tanto que contar*, título sacado de una de las composiciones más evocadoras de Bob, he pretendido iluminar con la profundidad de la primera persona aquellas partes de la vida de Bob que han sido exploradas solo parcialmente. Mis temas troncales son los años en Kingston antes de comenzar a grabar; la realidad entre bambalinas del Studio One de Coxson; su exilio de Kingston entre 1966 y 1967; las maniobras de la pareja Danny Sims-Johnny Nash a finales de los sesenta y comienzos de los setenta; la peligrosa historia de la relación del grupo con Lee Perry y las inquietantes razones de su ruptura; una indagación sobre la posibilidad de que la CIA tuviera parte en el intento de asesinato de Bob; la polémica que precedió al One Love Peace Concert; los viajes de Bob a África, con algunas anécdotas muy llamativas de lo que sucedió entre bastidores en Gabón y Zimbabue, y la historia de su cáncer letal y de cómo se le trató.

Durante los pasados treinta y siete años, una multitud de amigos, socios y parientes me han revelado detalles íntimos de su relación con el Rey del Reggae. Ahora, estos descubrimientos quedan ante los ojos del lector. Existen varias contradicciones entre los relatos presentados, como al hablar sobre el primer single de los Wailers, *Simmer Down*, o sobre las circunstancias que rodearon a la boda de Bob Marley y Rita Anderson. La historia decidirá. Aquí sirvo el material en bruto.

Hay algunas omisiones importantes en el libro, que no pude evitar. Lo que más lamento es no haber tenido una oportunidad para hablar con Johnny Nash, cuya influencia en los Wailers de 1968 a 1972 resulta crucial para entender al artista en el que se convirtió Bob. Bunny Wailer lanza alguna acusación que produce estupefacción en estas páginas, y durante años he intentado conseguir que el señor Nash ofreciera alguna explicación. Me llegó una respuesta de sus representantes justo cuando este libro iba a imprenta: «Durante los muchos años en los que se han realizado numerosos relatos sobre ese período de tiempo, la postura de John ha sido y continúa siendo la de no dignificarlos con una respuesta; eso no tendría mayor significado que dar pábulo a quien desea atención. Todos esos sucesos son parte de la historia, no pueden revivirse y aquellos que participaron en tales acontecimientos en esos momentos históricos conocen la verdad. Empezar cualquier clase de debate sería contraproducente para John, al acabar actuando en favor de quien no se ajusta a la verdad. Dicho todo eso, John desea agradecerle su preocupación por aclarar lo que sospecha que pueden ser falsedades, y que haya querido dar voz a su punto de vista, pero ese no es en realidad el estilo de John: él prefiere callar y que los discos hablen por sí mismos». A pesar de todo, Johnny Nash cuenta con todo mi respeto y admiración por su increíble importancia en la difusión del reggae entre el público mayoritario, haciendo contribuciones vitales que moldearon a Bob and the Wailers para convertirlos en artistas internacionales de primer nivel.

Nunca ha habido un artista como Bob Marley, «el artista del siglo». Su obra goza de más popularidad que nunca, y la revista *Forbes* lo colocó en 2014 en el número cinco de su lista de estrellas muertas con mayores ingresos. Bob fue en eso adivino, ya que predijo que su obra perduraría por siempre. Esa fue una de sus abundantes profecías, y algunas de ellas aún han de materializarse. Esas dotes fueron reconocidas en 1976 por el poeta y escritor Geoffrey Philp, quien relató su primer encuentro con Bob en el Mona Heights Community Center de Kingston, y me confirmó su recuerdo en el seminario sobre Marley celebrado en Florida en 2015: «Cuando llegué, Bob estaba sentado bajo una acacia. Me acerqué, me presenté y él

me invitó a sentarme a su lado. Fue la primera ocasión en la que pude sentir los poderes sobrenaturales de Bob, porque comenzó entonces a contarme cosas de mi vida que nadie —ni siquiera mi madre— conocía. Aún no recuerdo bien los detalles de lo que dijo por la conmoción que sufrí. No podía concebir que alguien a quien conocía desde hacía apenas cinco minutos pudiera contarme tantas cosas sobre mi vida».

Ahora, a continuación, los amigos más cercanos y los socios más estrechos nos hablan de la vida de ese Bob con el que se cruzaron. Y como apuntó uno de los primeros lectores de este manuscrito: «Tras leer esto siento que de verdad conozco al hombre». Espero que el libro tenga el mismo efecto en ti.

Echo Park, Los Ángeles
Julio de 2016